

Ninguna noticia ha llegado hasta nosotros acerca de la manera cómo se estableció la soberanía sajona en la margen septentrional del Támesis, en la Sajonia oriental (Essex) y en los alrededores de Lóndres, ni sabemos cómo nacieron las colonias de los anglios, que se dividían en pueblo del Norte y pueblo del Sur (Norfolk, Suffolk), en la península Estanglia, que tomó de ellos su nombre. Ninguna luz pueden proporcionarnos los nombres del rey de Estanglia Guillermo Wechta, supuesto descendiente de Vodan, ni de su hijo Uffa, de quien descienden los posteriores reyes llamados Uffingos.

Igual oscuridad reina respecto de Gyrwas, en los pantanos de Washbusen, y del origen de los colonos de Lindess, en las inmediaciones del antiguo Lindum (Lincoln). Sin embargo, parece cierto que por estas costas pasaron los invasores anglios que en el transcurso de los siglos fueron empujando a los britanos hacia el interior, y allí establecieron los reinos de la Mercia septentrional y meridional, separados por el río Frent, la Anglia central con Stafford, y el Hwycas desde Gloucester a Worcester, desde donde echaron a los megesetas hasta más allá del Severn, cerca de Hereford. La historia posterior nos muestra todos estos territorios, en parte regidos por príncipes vasallos, reunidos bajo la soberanía del rey de Mercia, que se supone también descendiente de Nodan, y cuya historia creíble empieza con Eamer (ó Cridda) y su hijo Wibba, que reinó desde 593.

Algunas relaciones indican que los establecimientos germánicos al Norte de Humber, que después se dividieron en dos reinos, el de Deira, hasta el Tyne, y el de Bernicia ó Bernicia, hasta el Firth of Forth, pudieron ser más antiguos que el de Kent, y quizás también en los primeros tiempos los sajones orientales entraron en las tierras de los britanos como aliados de los pictos y de los escotos. Es posible que varios sucesos de este género ocurrieran hacia el tiempo en que Hengist tomó posesión de Kent y un hijo ó nieto suyo llamado Ohta, dominó por un corto tiempo en el territorio antes de que definitivamente se erigiera Kent en reino; pero no sabemos ni cómo ni cuándo tales establecimientos y soberanías se fundieron completamente en un gran Estado con rey a la cabeza. Comenzamos a entrar en terreno más seguro con Ida, a quien los príncipes de los anglios del Northumberland en 547 reconocieron como superior y proclamaron rey. A Ida sucedieron sus hijos Adda, Ethelrico, Deodrico y Friodwaldo, de los cuales el último fué muerto combatiendo victoriosamente a cuatro reyes celtas. Friodwaldo, sin embargo, debió de reinar cuando penetró en Kent el cristianismo, a fines del siglo vi. Su sucesor Husa fué probablemente también hijo de Ida. A Husa sucedió un nieto del mismo Ida, hijo de Ethelrico, que tenía por nombre Ethelfrido Flesaur y que estaba llamado a más altos destinos. De él dice Beda: «Ninguno de los caudillos ó régulos ha abierto a la colonización ó conquistado por tratados ó por la fuerza más tierras de los britanos en favor de los anglios.» Aidan, rey de los escotos, que quiso detener los progresos de Ethelfrido, sufrió en 603 en Degsartein (probablemente cerca de Carlisle) una gran derrota que tuvo por maravilloso efecto el poner término a las incursiones de los escotos hacia el Sur, incursiones que habían durado varios siglos. En los años siguientes, Ethelfrido sometió también a Deira, que en otro tiempo bajo el cetro de Ida se había aliado con Bernicia, pero que después con los reyes Uffi y Aella, también de la estirpe de Vodan, (en 560) se había declarado de nuevo independiente. El hijo de Aella, Edwin, anduvo largo tiempo errante, sin hogar, hasta que encontró acogida entre los anglios. Después Ethelfrido siguió sus conquistas, y la Mercia, ó a lo menos la parte septentrional de este país, reconoció su soberanía y le puso en situación de llevar sus armas contra

los britanos del país de Gales. Estos, para defenderse, se reunieron cerca de Chester, y con el mismo objeto salió del convento de Bangor una hueste numerosa de monjes, que algo separados del campo de batalla elevaron al cielo sus ruegos implorando la victoria. Cuando los vió Ethelfrido, dirigió primero el ataque contra aquella gente inerme diciendo: «Aunque no traen armas, no por eso dejan de hostilizarlos, pues que invocan a su Dios contra nosotros.» Solo cincuenta monjes se salvaron de la matanza; los demás, hasta mil doscientos, fueron muertos en el campo. Ethelfrido como poderoso guerrero ocupó todo el Norte de lo que hoy forma el territorio de Inglaterra, teniéndolo mediata ó inmediatamente bajo su mando, mientras Ethelberto de Kent, por su victoria sobre Ceawlin del Wessex llegaba a ocupar una posición análoga en el Sudeste. Seguíase la idea de Bretwalda, del cual se hablará más adelante, y con arreglo a ella ambos guerreros trataban más de establecer su superioridad por medio de las armas que de fundar un Estado permanente con reglas fijas.

En los primeros decenios del siglo vii se presentan también muchos establecimientos pequeños y soberanías igualmente pequeñas de germanos que se fijaron en territorio inglés y de las cuales salieron dos grandes reinos, el uno compuesto de elementos más sajones y jutos que anglios, y el otro donde dominaba más el carácter y el elemento anglo. Pero esto duró poco, y con la misma facilidad que se habían unido las diversas tribus, se separaron luego, y por resultado de las eternas luchas de sus caudillos se hicieron nuevas combinaciones en las cuales ya ocupó un lugar el elemento británico.

Los britanos habían sido relegados a un estrecho espacio, en general, de las costas del Oeste, y se habían diseminado en muchos pequeños señoríos. Por largo tiempo tuvo entre estos la superioridad el reino de Damnonia, en la península del Sudoeste, patria de Arturo, hasta que este reino quedó limitado al Devonshire por la destrucción de las tribus del Este por los sajones occidentales y por la caída de Cornwall. En el país de Gales, al lado de los grandes principados de Demetia al Sur, Powis en el centro y Gwined al Norte, se formaron también otros más pequeños, cuya unión sufrió diversas vicisitudes. Como de este modo se interrumpió la unión geográfica de los britanos del Cornwall con los de Gales, los sajones occidentales y hwyceas se establecieron junto al bajo Severn; los de Gales ya no estuvieron unidos con los britanos en Lancaster, Westmoreland y Cumberland y los anglios de la región central se adelantaron desde Mercia hasta la embocadura del Mersey. Los britanos de la región cumbria se vieron entonces en el mayor apuro en poder de los escotos, cuyo rey mandaba en aquel territorio, y luego la derrota decisiva de los escotos en Degsastein fué sin duda causa de que muchos territorios cumbrios pasaran a formar parte del reino de Ethelfrido. Véase, pues, cuán estrechos eran los límites dentro de los cuales pudieron mantenerse libres las poblaciones celtas de la Britania propiamente dicha.

#### CAPITULO IV

##### COMIENZOS DEL CRISTIANISMO ENTRE LOS ANGLIOS Y LOS SAJONES DE LA BRITANIA

Al triunfo definitivo del elemento anglo-sajon siguió inmediatamente una devastación general: las murallas de las ciudades fueron destruidas, y perecieron víctimas de la cuchilla ó del incendio, encontrando su tumba en las ruinas de las casas, los que no eran despedazados y devorados por las aves y las fieras. En las comarcas abiertas los acontecimientos

no ofrecieron mejor aspecto. Los fugitivos eran asesinados en masa, otros se entregaban voluntariamente como esclavos y algunos ó continuaban la lucha en pequeña escala desde sus guaridas de las selvas y en los peñascos de las costas, ó buscaban seguro asilo allende los mares. Tales son algunos detalles que menciona Gildas al describir el estado de cosas del siglo v, detalles que por regla general deben ser exactos, especialmente en lo que se refiere a las comarcas del Este y del Sur de Britania, que ya habían sido devastadas en anteriores irrupciones y que cambiaron casi por completo de población. Pero, como afirman Gildas y Beda, no todos los antiguos habitantes de los territorios saqueados y en definitiva poseídos por los germanos, fueron asesinados ó arrojados de sus hogares, pues por lo menos en lo que toca al Northumberland y a Wessex tenemos datos posteriores que demuestran la presencia en ellos de una población celta durante la dominación de los alemanes. Estos restos de la antigua población se conservaron seguramente en las ciudades que no fueron destruidas: Cantorbery, Lóndres, Lincoln, York y otras, sobrevivieron a aquella invasión, y los azares de la guerra obligaron a menudo a los conquistadores a utilizar las fortificaciones romanas que se habían conservado, y que tomaron el nombre de Chester, de *castrum* Ceaster, y a refugiarse en las antiguas villas británicas, que por su naturaleza eran fuertes y estaban situadas en las alturas, y a las cuales designaban con su antiguo nombre añadiéndole la terminación *bury* ó *borough*, que significaba villa. Desde el momento en que en aquellos países quedaron restos, aun cuando muy oprimidos y no muy numerosos de la población primitiva, el cristianismo no fué destruido por la conquista pagana, que respetó algunos templos, como el de San Martín de Cantorbery.

Pero no por esto puede decirse que los escasos restos del cristianismo ejerciesen influencia en los vencedores paganos: la diferencia de religión ahondó el antagonismo nacional que entre celtas y germanos existía, de suerte que Arturo, según la leyenda, no fué solamente el caudillo de su pueblo, sino también el adalid de Cristo y de la Santísima Virgen, cuya imagen llevaba en su escapulario. Parece como si los britanos no se cuidaran de echar la simiente del Evangelio entre sus enemigos para no perder la inmensa ventaja de ser los únicos que tuvieran de su parte al verdadero Dios. En un principio el furor de la encendida lucha excluía toda idea de una misión, que no se intentó tampoco después cuando los britanos cristianos se aliaron para determinados objetos con los paganos, anglos y sajones, ó prestaron temporalmente obediencia a los mismos reyes que estos. Una de las principales censuras que a los britanos dirigían los romanos era la de que no hacían nada para convertir a los germanos que a su lado vivían, y es preciso reconocer que esta censura era justa.

Por otro conducto hubiera podido también introducirse el cristianismo entre los germanos. El tráfico mercantil, con las costas de Francia principalmente, no había cesado a pesar de todos los trastornos sufridos por la isla, y razones poderosas hay para creer que los sajones, que según testimonio del rey franco Dagoberto llevaron, en 629, a Ruan y a Quentawich vino, miel y materias colorantes, fueron sajones ingleses, que no era la vez primera que visitaban aquellos territorios. Prisioneros de guerra de Deira fueron llevados, en el siglo vi, al mercado de esclavos de Roma, adquiriendo con ellos en las costas francesas los productos del Sur, de que tan necesitada estaba la isla. Existían asimismo relaciones políticas, además de estas mercantiles. El rey Theudeberto I de Austria, (534-548), el mismo que, en rivalidad con el imperio bizantino, extendió su soberanía hasta más allá del Da-

nubio, pretendió la supremacía sobre los alemanes de Britania, probablemente porque se creía descendiente legítimo del emperador de Occidente. Nada se dice acerca de que tales pretensiones se vieran realizadas, pero no se podrá negar que con ellas se hubiera favorecido al cristianismo, especialmente a la forma católica, a la cual Theudeberto se gloriaba de servir también con la política por él seguida en el Danubio.

Estas tendencias catolizadoras se repitieron en otra forma a fines del mismo siglo. Ethelberto de Kent obtuvo la mano de la princesa merovingia Berta, hija del rey Cariberto de Paris, pero con la condición de que Berta podría llevar a su nueva patria a un obispo llamado Luithardo y de que le sería dado vivir conforme a sus creencias. De modo que el cristianismo no era completamente desconocido de los alemanes británicos ni por ellos profesado cuando el papa Gregorio I el Magno se propuso conquistarlos para el cristianismo romano.

Sobre este particular, se refería posteriormente en Inglaterra la siguiente historieta. Cuando Gregorio no era todavía papa, vió en el mercado a una porción de jóvenes de pálido color y de hermosa cabellera, que estaban allí para ser vendidos y que le dijeron ser paganos y procedentes de la isla Britania. Entonces lamentó que criaturas tan hermosas adorasen al rey de las tinieblas y les preguntó cómo se llamaba su pueblo; anglios, le contestaron, y al oír esto exclamó: «Está perfectamente, pues de ángeles tenéis el semblante y coherederos de los ángeles debéis ser en el cielo. ¿Cómo se llama la provincia de la cual os han arrojado?» Deira, le dijeron. «Está bien, de la ira de Dios (*de ira*); debéis ser salvados y llamados a la misericordia de Cristo. ¿Cuál es el nombre del rey de vuestro país?» Aella, repusieron. «Aleluya, la alabanza de Dios debe cantarse allí.» En persona quería trasladarse, si era preciso, a aquellos territorios, pero los sucesos de Roma no le permitieron alejarse. Al ser nombrado papa, envió a ellos a un monje llamado Agustín, con cuarenta compañeros más, para que predicaran la palabra divina entre los anglios.

Esto acontecía en el año 596. Hasta qué punto influyó en la resolución de Gregorio una instigación del reino de los francos, que se explica perfectamente por los acontecimientos allí acaecidos, no se sabe a punto fijo; en las narraciones que conocemos, todo se hace derivar inmediatamente de la iniciativa del papa. Los emisarios de este, al meditar lo que durante el camino habían oído acerca de los anglios y al considerar las dificultades que llevaba consigo una misión en un pueblo bárbaro, cuyo idioma les era completamente desconocido, se sintieron sobrecogidos de tal temor que se detuvieron en su marcha y delegaron a Agustín para que suplicara al papa les relevara de su cometido. Gregorio no les hizo caso alguno, antes por el contrario renovó en 23 de julio de 596 su mandato, enviando a los misioneros cartas de recomendación para el arzobispo de Arlés. Por mediación de este, seguramente, fueron acompañados por intérpretes franceses y de esta suerte se dirigieron a Kent, donde podían contar con una amistosa y cordial acogida, ya por las relaciones mercantiles que aquel país sostenía con Francia, ya porque el rey Ethelberto tenía por esposa a una cristiana. La isla de Thanet, desde la cual se habían precipitado los germanos en Britania, fué también la puerta por donde penetró el cristianismo romano.

Entrar en negociaciones en un espacio cubierto con los emisarios del nuevo Dios, parecía peligroso al rey Ethelberto, pues temía que la fuerza de sus atractivos fuese demasiado eficaz en un recinto reducido; pero, en cambio, en una entrevista al aire libre les prometió que serían acogidos

hospitalariamente en su país. En efecto les cedió en Cantorbery una residencia y les aseguró que serian en ella respetados. El templo de San Martin, que desde la época romana se alzaba al Este de la ciudad y en el cual practicaba la reina Berta las ceremonias de su culto, se abrió tambien para los misioneros. La actividad de estos tuvo, al parecer, escaso éxito, por lo menos hasta que el mismo Ethelberto se dejó bautizar, conversion que en su mayor parte fué debida á los esfuerzos de su esposa. Los súbditos de Ethelberto fueron libres de adoptar ó no el cristianismo, pero á pesar de que se cedieron á los monjes terrenos para erigir conventos é iglesias, y tierras para su sostenimiento, y á pesar de haber sido consagrado obispo de los recién convertidos Agustin, que con este objeto pasó á Arlés, nada induce á creer que aquel obispado fuera algo mas que cualquiera de los muchos que fundaron Patricio y sus compañeros en Irlanda. Un obispado de mision como el de Cantorbery, no fué durante mucho tiempo mas que el baluarte avanzado de una iglesia y de una comunión, escasa en fieles, en la Diaspora.

La vocación de Agustin para la empresa á que habia sido llamado no puede ser puesta en duda; pero en cambio puede dudarse de si era el hombre mas á propósito para el cargo que se le habia confiado. En su correspondencia con Gregorio Magno, y mas aun, en las decisiones y breves que á instancias suyas publicó el papa en el año 601 (1), tenemos materiales suficientes para juzgar á estos dos personajes, que figuran en la introducción de la historia eclesiástica inglesa. Gregorio, sin embargo, figura en primera línea. Las consultas que hacia Agustin acerca de la conducta que debia seguirse respecto de los matrimonios contraídos por los germanos dentro de los grados prohibidos; respecto del permiso para que entraran en la Iglesia las mujeres embarazadas, recién paridas, etc.; respecto del bautismo, de la eucaristía y de otros asuntos análogos, eran interpretaciones demasiado literales del Antiguo Testamento; en cambio, las contestaciones del papa contenian decisiones inspiradas en la libertad de conciencia del Cristo evangélico. El uno, acostumbrado á la obediencia incondicional á las reglas tradicionales, veía todas las cosas con los ojos del monje, y ya se comprenderá que, partiendo de este punto de vista, no habia de inclinarse á hacer concesiones á los que de distinto modo pensaban; el otro, en cambio, consideraba las cosas eclesiásticas con la habilidad del hombre de Estado, educado en el mundo, que no vacila en hacer algunas insignificantes concesiones con tal de conseguir un elevado objeto. ¡Con cuánta frecuencia el no haber tolerado la Iglesia los matrimonios en los grados prohibidos, que no lo eran para los paganos, fué un obstáculo para la conversion de estos! Gregorio venció esta dificultad reconociendo todos los matrimonios de esta clase contraídos antes del bautismo de los contrayentes y contentándose con la manifestación de que castigaria tales uniones cuando se contrajeran despues del bautismo y á pesar de todas las doctrinas de la Iglesia. La base principal de que partia era que en aquella época la Iglesia, si bien debia castigar algunas cosas, necesitaba tolerar otras y no hacer caso de muchas, pues con esta tolerancia y aparente incuria podria dominar el mal. Agustin manifestó, segun parece, que los

(1) Beda, en su libro I, cap. 27, inserta integro el interesantísimo *Libellus responsionum*, y en los capítulos siguientes tres breves (uno al arzobispo de Arlés, otro á Agustin y otro al rey Ethelberto) de 22 de junio de 601. Inserta, además, una carta confidencial del papa á Agustin, sin fecha, y un breve al abad Mellitus, fechado en 17 de junio del año 601. Esta última fecha no puede ser exacta, pues el breve fué enviado al portador de la carta del 22 de junio algun tiempo despues de la partida de este. Sospecho que el que copió esta carta de los registros pontificios (véase Beda, prefacio), equivocó las fechas y puso *XV. Kal. iulii* (17 de junio) en vez de *XV. Kal. aug.* (18 de julio).

templos paganos de los anglios debian ser destruidos, pero Gregorio, por el contrario, opinó que debian ser conservados, especialmente los que estaban bien construidos, y convertidos en templos cristianos, para que aquellos edificios á los cuales estaba acostumbrado el pueblo, atrajeran mas adoradores al verdadero Dios. Tampoco quiso suprimir propiamente las fiestas paganas. Así como el pueblo en otro tiempo habia sacrificado bueyes en los templos de los falsos dioses, del mismo modo debia reunirse, con motivo de cualquier fiesta religiosa, y formar cabañas de ramaje donde poder matar animales y comérselos en nombre de Dios. El papa sabia perfectamente que la tenacidad de los bárbaros y su apego á la tradicion no podian desaparecer de un solo golpe, y que para subir á la cima de una montaña, como decia en cierta ocasion, no hay que dar saltos, sino ascender paso á paso. De desear hubiera sido que Gregorio hubiese tenido ocasion de probar prácticamente la bondad de sus principios sobre las misiones.

La referida correspondencia muestra en Agustin, además del estricto cumplimiento de sus deberes, otro rasgo funesto, cual era la ambición de honores y distinciones personales, que le llevó por caminos algo dudosos. Para apoyar su mision no solo hizo milagros, sino que procuró que estos llegaran á oídos del papa, el cual acogió la noticia con frialdad suma. La carta que con este motivo dirigió Gregorio á Agustin es una prueba de lo mucho que el primero conocia á los hombres y una obra maestra de fina ironía. Como era natural, no ponía en duda la aptitud de Agustin para hacer milagros, pero le advertía del peligro de que le condujeran á un exagerado engreimiento, añadiéndole que para la conversion de los infieles, y no por sus propios méritos, habia recibido este don del cielo, del cual deseaba que hiciera uso moderado. «No todos los escogidos hacen milagros, decia el papa, á pesar de lo cual sus nombres están escritos en el cielo.»

Sin embargo, Agustin queria tambien valer algo sobre la tierra. Mientras la «nueva Iglesia de los anglios» por él fundada arrastró durante muchos años una existencia pobre é insegura, su obispo formuló la extraña pretension de ejercer poder disciplinario sobre todos los obispos, así sobre los britanos como sobre los de las Galias. El papa rechazó rotundamente esta pretension en lo que á las Galias se referia, por considerarla atentatoria á los derechos del arzobispo de Arlés, pero la aprobó en lo que tenia relacion con los obispos britanos. Parece que Gregorio, por culpa ó sin culpa de Agustin, que esto no se sabe á punto fijo, exageró la importancia de la primitiva Iglesia inglesa, formulando en una bula de 22 de junio de 601 las bases de la futura organización eclesiástica para toda la Britania. Agustin, á quien el papa confirió el palio y la sede de Londres, que era indudablemente la primera ciudad de la isla, recibió mandato para ordenar doce obispos sufragáneos y establecer en York un obispo, el cual debia fundar doce obispados mas á consecuencia de los progresos que hacian las conversiones, sobre los cuales se le dió poder metropolitano, pero estando con ellos á las órdenes de Agustin mientras este viviera. ¡Cuánto tiempo hubo de transcurrir antes de que esto se realizara, y cuán poco inclinados se sentian los obispos britanos á reconocer en el obispo anglo la autoridad que el papa le habia conferido!

En el transcurso de los años produjéronse varias disensiones entre la Iglesia britana y la romana, disensiones que se manifestaron en la vida real, especialmente al calcular la fecha de la fiesta de Pascua. Los britanos contaban la luna llena de primavera, de la cual aquella dependia, segun un ciclo de 84 años, y de esta suerte seguian el uso de la antigua Iglesia romana, lo cual es un gran dato para demostrar

su dependencia primitiva de aquella Iglesia. Este cálculo era mas exacto que el de los romanos, los cuales durante el siglo quinto modificaron el ciclo, hasta que en el sexto lo abandonaron por el mas usual de 19 años. Además comenzaban la semana de Pascua con el mismo plenilunio de primavera, no con el primer domingo, como hacian los demás pueblos cristianos. Agustin quiso poner fin á estas diferencias por medio de una discusión religiosa, para la cual el rey Ethelberto, que entonces se encontraba en el colmo de su poder, debia convocar á todos los obispos britanos. Esta discusión debia celebrarse en las fronteras de Hwiccas y de Wessex, en un sitio que, en tiempo de Beda, se conocia todavía con el nombre de «roble de Agustin.» Pero ni sus observaciones ni el milagro que, siguiendo su sistema característico, hizo para darles mas fuerza, pudieron lograr que los britanos aceptaran incondicionalmente el cómputo romano. Una segunda asamblea, á la cual acudieron las mejores celebridades del convento de Bangor, tuvo todavía peor éxito, á pesar de que Agustin pedia que cedieran únicamente en punto á la fiesta de Pascua, á la práctica del bautismo y á la participación de los britanos en la mision que entre los germanos se habia enviado. Sus modales altaneros le trajeron la antipatía de los britanos, los cuales no quisieron reconocer ni á él ni á su arzobispo, ni acceder á sus exigencias. Agustin tenia indudablemente razon cuando llamó la atención de los britanos sobre el hecho de que la pronta conversion de los anglios y sajones al cristianismo seria la mejor defensa contra estos pudiera encontrarse; pero él mismo contribuyó á que el trabajo comun de mision por él propuesto no se llevara á cabo, á pesar de no haberse extinguido en los britanos del siglo sexto y de principios del séptimo el celo que por convertirse habian mostrado los del siglo quinto. Por aquel tiempo San Columbano, desde su convento de una de las islas Hébridas, de Hy ó Jona, conquistó definitivamente para el cristianismo á los pictos del Norte, y mientras la Iglesia británica rechazaba el apoyo de Agustin para la mision entre los alemanes de la isla, comenzaba esta á mostrar entre los alemanes del continente su actividad, tan importante para el cristianismo como para la civilización.

Las fuerzas del centro de las misiones de Cantorbery fueron aumentadas, á instancias de Agustin, por el papa, que envió en apoyo de la primera una comunidad de monjes. Aun cuando el rey Ethelberto, que habia recibido tambien del papa una carta de felicitación,—primer documento pontificio que llegaba á manos de un rey inglés,—se encontraba amistosamente al lado de la mision, el éxito de esta durante el siguiente año no correspondió á las esperanzas que se habian concebido en la bula pontificia de organización. La protección de Ethelberto facilitó en 604 la creación de un obispado en Rofescistir (Rochester), lugar dependiente de su soberanía, y de otro en Londres, en el distrito de Essex, tambien dependiente de él, donde gobernaba su sobrino Sacerchto; para este segundo obispado consagró Agustin á Mellitus y para el primero á Justo, monjes ambos de los últimos llegados, y él habia alcanzado la categoría de metropolitano cuando falleció en 26 de mayo de 607. En tiempo de su sucesor Laurencio, uno de sus primitivos compañeros, á quien de antemano habia consagrado para ocupar su puesto, se vió muy claramente cuán débiles eran las bases sobre las cuales estaba asentada toda esta Iglesia, por mas que por vez primera se viera representada, en el sínodo que en 610 se reunió en Roma, por el obispo Mellitus, de Londres. La propagación sufrió primero una suspensión y luego un completo retroceso.

La suspensión coincidió con las guerras que estallaron entre los reyes anglo-sajones, y á consecuencia de las cuales

la hegemonía que hasta entonces habia tenido el cristiano Ethelberto de Kent, pasó al rey de Estanglia, el uffingo Redwaldo (1), en cuyo ánimo la educación cristiana que habia recibido en Kent no habia ejercido mas influencia que el compartir su adoración entre Cristo y los dioses paganos. El retroceso se inició con la muerte de Ethelberto, acaecida en 24 de febrero de 616, pues su hijo Eadbald seguia siendo pagano, y todos los ánimos apocados que por consideración al difunto rey y á algunas ventajas personales habian abrazado la nueva religion, abandonaron entonces el cristianismo por temor al hijo, que pensaba de distinta manera. Muerto tambien por aquel tiempo el rey Sacerchto de Essex, y arrojado de Londres por los hijos de este el obispo Mellitus, el movimiento anticristiano se hizo tan general que Mellitus y Justo de Rochester huyeron á las Galias, y hasta el mismo Laurencio de Cantorbery pensó en seguir su ejemplo. Un milagro, una especie de historia de Zopyro cristiana, contribuyó á fortalecer la posición del último en Kent, tal fué la conversion del mismo rey Eadbald, el cual llamó de nuevo á Mellitus y á Justo y puso á este de nuevo en posesión de su obispado. Los londonenses se negaron á recibir á Mellitus, y el poder y la influencia de Kent eran entonces insuficientes para arrebatarles violentamente al paganism. De suerte que, hasta mejores tiempos, tuvo que contentarse con que la Iglesia subsistiera en Kent y con que la capital, por lo menos, fuera tomando gradualmente un carácter cristiano. En Kent, además del templo de San Martin y de otros antiguos que Agustin habia consagrado en nombre de Cristo, y que destinaba á residencia de su sucesor, existia el convento de San Pedro y San Pablo, fundado por Ethelberto, con su templo, que habia sido terminado por Laurencio (que habia muerto en 2 de febrero de 619) y que servia de sepultura de reyes y obispos. Existian tambien una capilla de los cuatro Coronados y un templo de la Virgen Santísima, que fué construido por el rey Eadbald, muy ferviente desde su conversion, y bendecido por Mellitus, como tercer arzobispo de Cantorbery (que murió en 24 de abril de 624).

De la misma manera que las conmociones sufridas en el sistema político de los anglo-sajones habian sido un obstáculo al progreso de la mision, un nuevo cambio ocurrido en el seno de aquel sistema, hizo que volviera á prosperar. Ya recordarán nuestros lectores que Edwin, arrojado de Deira por Ethelfrido de Northumberland, encontró seguro asilo al lado de Redwaldo, rey de Estanglia. Las amenazas y promesas de Ethelfrido casi habian inducido á Redwaldo á entregar á su huésped, cuando la intercesión de la reina no solo salvó á este sino que animó á Redwaldo á declarar la guerra á Ethelfrido. Junto á la corriente del Ydle, en la comarca de Mercia, libróse entre ambos una batalla, en la cual perecieron Regnher, hijo de Redwaldo, y el propio Ethelfrido, siendo completamente derrotados los del Northumberland. De esta manera pudo Edwin, en 616, no solo recobrar el reino de su padre sino tambien entrar en posesión del de Ethelfrido y extender su dominación por los territorios británicos, apoderándose de las islas de Man y Anglesea. Este príncipe, omnipotente entonces en el Norte, pidió la mano de Ethelberga, hermana de Eadbald de Kent, y la obtuvo bajo promesa formal de que á ella y á las personas que la acompañaran se les permitiera el libre ejercicio de su culto, y de que Edwin no intentaria nada contra el cristianismo. De manera que este penetró en el Norte de la

(1) Así creo yo que debe interpretarse el pasaje de Beda (II, 5): *Imperium huiusmodi... tertius Ethelbertus rex Cantuariorum, quartus Redwaldus rex orientaliū Anglorum, qui etiam vivente Ethelberto eidem suae genti ducatum prebebat, obtinuit.*